



El Valle de Cúcuta...

Rafael Eduardo Ángel Mogollón

El Hyakunin Isshu -Satori-
Antología de la poesía
antigua japonesa.

Poesía / Pág. 2

El vacío del universo da
sentido a nuestras vidas,
¿Nietzsche se equivocaba?

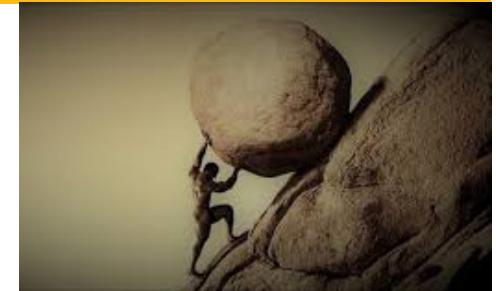
Ciencia / Pág. 11

Las tres razas postradas
ante Jesús...

Festividad / Pág. 12



SEMILLAS

El Mito de Sísifo y la
filosofía del absurdo de
Albert Camus: vivir sin un
sentido predeterminado

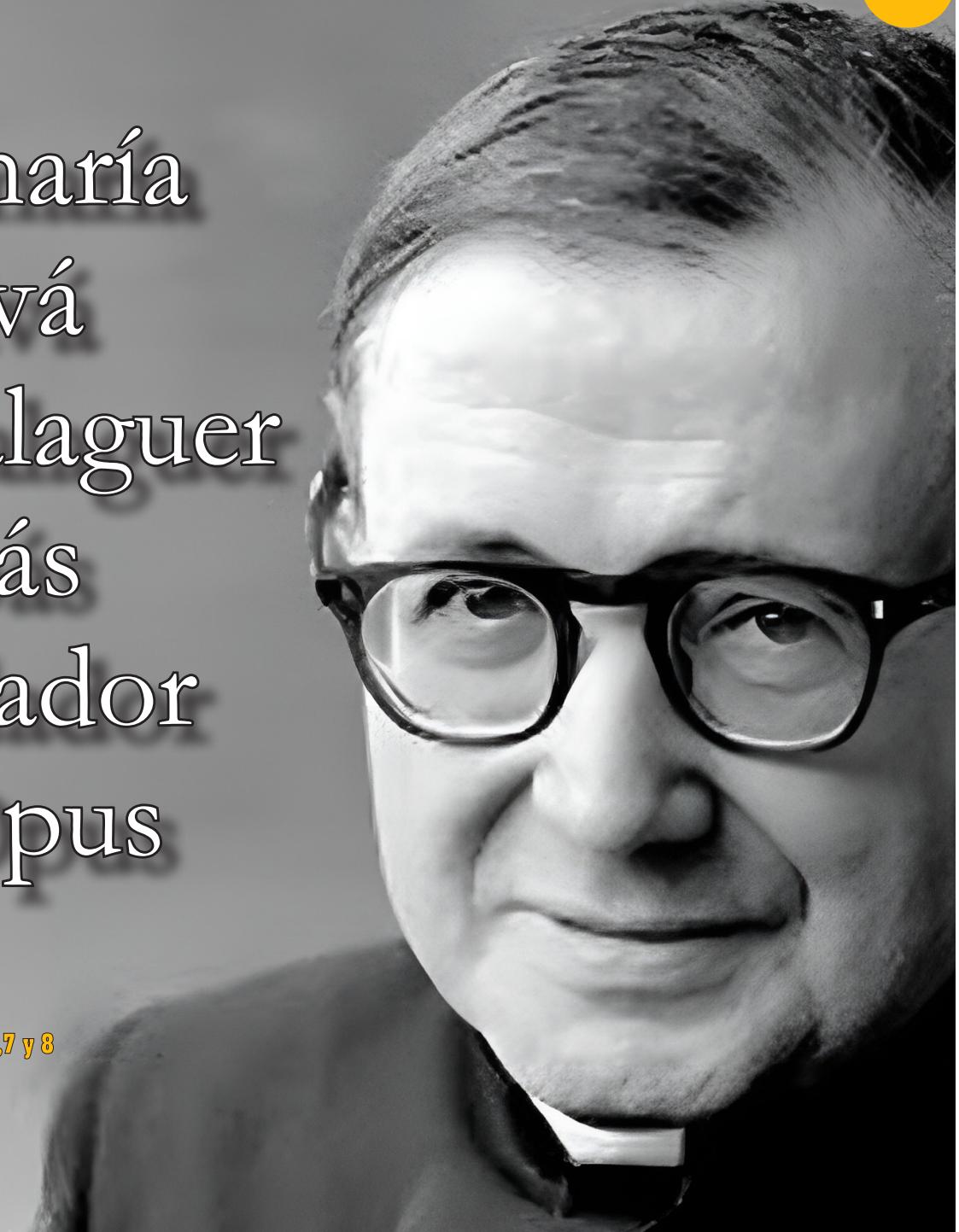
Rodrigo Ayala

Nº 45

IN MEMORIAM

Josemaría
Escrivá
de Balaguer
y Albás
Fundador
del Opus
Dei

Espiritualidad / Págs. 6, 7 y 8



El Hyakunin Isshu -Satori-

Antología de la poesía antigua japonesa



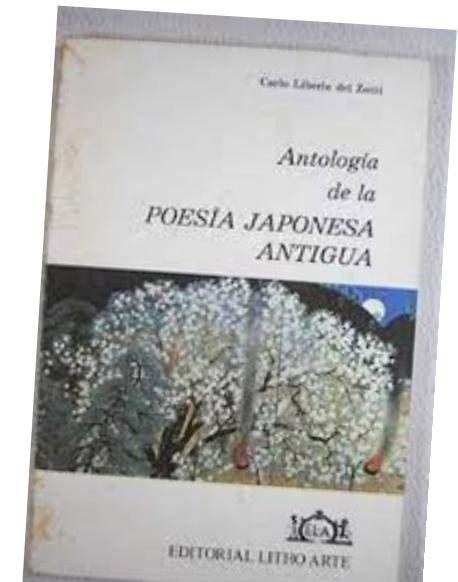
AL CAER LA LLUVIA
Ono no Komachi (siglo IX)

El color de las flores
se va desvaneciendo:
así pasa mi vida, vanamente,
envuelta en tristes pensamientos,
viendo caer las largas lluvias.



PALIDEZ...
Sakanoue no Korenori (siglo X)

Pensé que era el fulgor
pálido de la luna
rezagándose al alba:
blanca nieve caída
sobre la aldea de Yoshino.



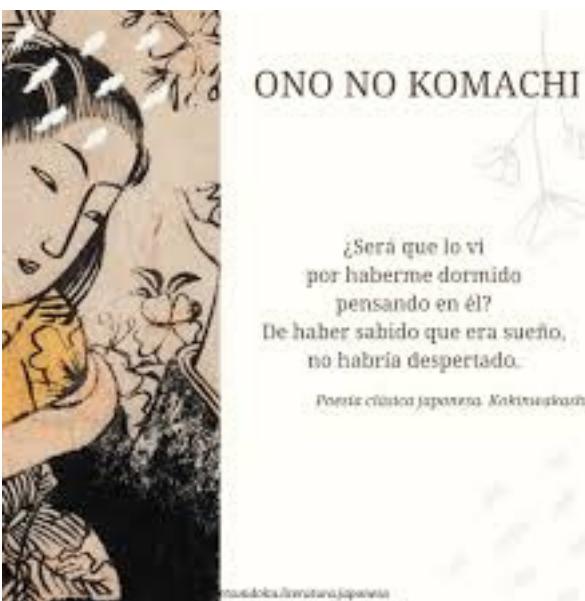
ALUCINACIÓN
Murasaki Shikubí (siglo XI)

Encuentro inesperado:
cuando me preguntaba
si era él o no era,
la luna se ocultó de repente
por detrás de una nube.



NOSTALGIA...
Fujawara no Kiyosuke (Siglo XII)

Si vivo muchos años,
deberé recordar en el futuro
estas horas felices,
igual que ahora recuerdo
las amarguras del pasado.



SE
MILLAS

Director General: JUAN PABÓN HERNÁNDEZ
EQUIPO DE APOYO EDITORIAL
JUNTA DIRECTIVA FUNDACIÓN CULTURAL EL CINCO A LAS CINCO
Patrocinio Ararat Díaz, Álvaro Pedroza Rojas, María Cecilia Tobón Sosa, Luis Lima Arias, Jorge Maldonado Vargas, Sergio Entrena López, Álvaro Carvajal Franklin, Adán Muñoz Vera y Erika Rodríguez. Diseño y Diagramación: Giovanny Rojas



EL CINCO A LAS CINCO
FUNDACIÓN
CULTURAL

El Valle de Cúcuta...

Rafael Eduardo de Ángel Mogollón, en su libro “Historia de Cúcuta”, escribió que de 1550 a 1750 el Valle de Cúcuta fué un territorio de lucha contra la naturaleza inhóspita y contra los Motilones, por ser el paso en las comunicaciones con Bogotá, Tunja, Cartagena, Maracaibo y Caracas; de puerto fluvial para su comercio y el empalme de los caminos con los ríos: de asentamiento de blancos para la fundación de plantaciones de cacao y la cría de ganado y de campo propicio para la misión evangelizadora de los Motilones.

EL PUEBLO DE CÚCUTA

Los motilones fue una de las tribus más difíciles de someter en todas las etapas de la conquista. El Valle de Cúcuta, en casi dos siglos fue el escenario de avance y retroceso en el proceso de dominación en el que las circunstancias obligaron a permanentes desviaciones de

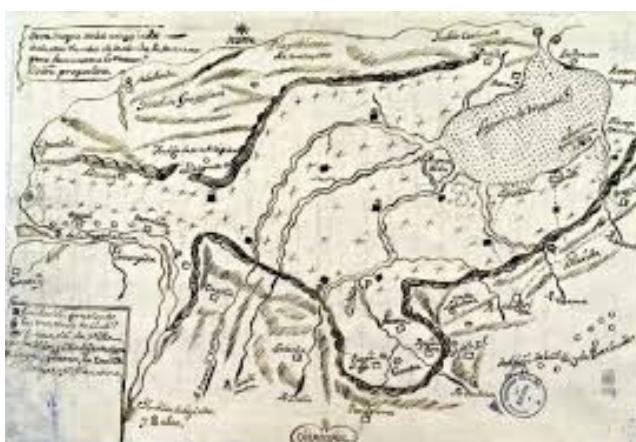


**RAFAEL EDUARDO
ÁNGEL MOGOLLÓN**

de las rutas comerciales. La fundación de La Grita (1567) y Salazar de las Palmas (1583), estableció una línea fronteriza con los aborigenes. Pamplona era el centro del poder administrativo y expedicionario; Ocaña, el punto obligado de la ruta comercial por el río Magdalena, y Mérida, el sitio de avanzada en dicho proceso, en el que la Villa de San Cristóbal era el intermedio en el camino. La rebeldía

de los indios y sus constantes asaltos impedían el asentamiento

Escríptura de la donación



que se fundara San Faustino de los Ríos (1622), los conquistadores lograron reducir a los primeros motilones en el llamado Pueblo de Cúcuta (hoy barrio San Luis), en el que había un cura para impartir la enseñanza del evangelio y capilla para ejercer ese ministerio. En ese pueblo vivían, exclusivamente, indios. Los blancos aunque agregados al poblado, estaban esparcidos por el territorio circundante. Ese fue un asentamiento precolombino que Pedro de Ursúa dio en encomienda a Sebastián Lorenzo por dejación de Miguel Tiebal (1550) y es el origen remoto de la fundación de San José de Cúcuta.

LA FUNDACIÓN

Rafael Eduardo Ángel Mogollón afirma que “para principios del siglo XVII gran parte de los valles de Cúcuta pertenecieron al capitán don Cristóbal de Araque Ponce de León cuyas tierras pasaron por herencia a su hijo don Fernando de Araque Ponce León, dueño que fue de todas las tierras que hay desde el Valle de Cúcuta hasta el pueblo de San José, jurisdicción de la ciudad de San Faustino, las cuales habían sido donadas como

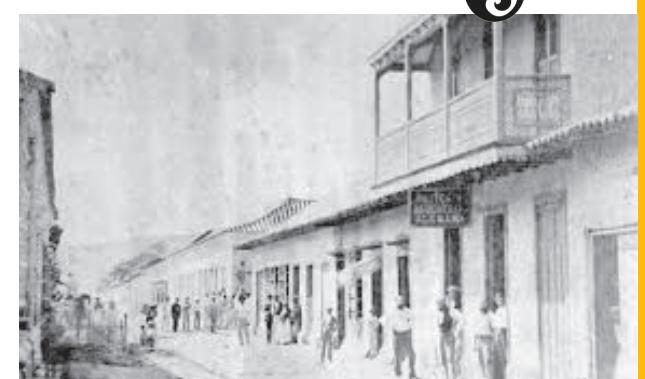
merced al capitán Araque por el Gobernador de la Nueva Provincia de Mérida de la Grita mediante título del 9 de septiembre de 1930.

La conducta hostil y repetida de los indios Motilones del Pueblo de Cúcuta para con los blancos habitantes del valle y los intereses económicos de estos fueron factores determinantes para que los últimos pidieran la erección de una parroquia que llevara el nombre de San José y poioblarla si obtenían licencia.

Considerando que los vecinos blancos de la agregación del pueblo de Cúcuta iban a solicitar la erección de una parroquia y que habían escogido el sitio de Guasimal, en las márgenes del río Pamplona, doña Juana Rangel de Cuéllar donó el 17 de junio de 1733, media estancia de ganado mayor en el sitio Tonchalá, que tenía un valor de 50 patacones. Tonchalá era el asentamiento agroganadero más notable de los Rangel Cuéllas, prominente familia pamplonesa descendiente del capitán Alonso Rangel, fundador de Salazar de la Palmas, en 1583. Acorde con la jurisdic平d y costumbres de la época, doña Juana Rangel de Cuéllar, tuvo que afirmar que la donación cumplía con lo establecido en el ordenamiento real en el sentido que se incluía en la décima parte de sus bienes y que por lo tanto no afectaba mayormente lo que debía dejar como herencia, ni quedaba tampoco en una ruina, ni existía ninguna duda sobre la naturaleza y el carácter de la propiedad y finalmente que estaba “libre de censo, empeño e hipoteca general ni especial” por lo que la donación se hacía con todas las formalidades.

EL TÍTULO DE “VILLA”

El Rey de España, Carlos IV, el 18 de mayo de 1792, mediante Cédula le concedió a Cúcuta el Título de “Muy Noble, Valerosa y Leal Villa”. 



El Mito de Sísifo y la filosofía del absurdo de Albert Camus: vivir sin un sentido predeterminado

RODRIGO AYALA

A través de la reinterpretación del antiguo mito griego, Camus nos invita a reflexionar sobre lo que significa vivir en un mundo que parece carecer de un propósito o sentido último. ¿Es posible encontrar valor en nuestras vidas cuando sabemos que no hay un significado predeterminado que dé coherencia a nuestras acciones? Para Camus, la respuesta no se encuentra en renunciar a la vida, sino en abrazar el absurdo que define nuestra existencia.

EL MITO DE SÍSIFO: LA CONDICIÓN HUMANA Y EL ABSURDO

En la mitología griega, Sísifo era el rey de Corinto, conocido por su astucia e inteligencia. Sin embargo, su desafío a los dioses le valió una condena eterna: debía empujar una enorme roca hasta la cima de una montaña, solo para ver cómo, cada vez que alcanzaba la cima, la roca rodaba

de nuevo hacia abajo, obligándole a comenzar el mismo trabajo una y otra vez, sin fin. Este castigo, en su repetición y futilidad, refleja lo que Camus llama “el absurdo”: la lucha constante y sin sentido por un propósito en un universo que no ofrece respuestas definitivas. El destino de Sísifo, tal como lo interpreta Camus, simboliza la experiencia humana: nuestra constante búsqueda de sentido en un mundo indiferente a nuestros esfuerzos. Al igual que Sísifo, todos estamos condenados a realizar tareas repetitivas y a enfrentarnos a las limitaciones de nuestras vidas. Sin embargo, Camus no ve en esta condena una causa de desesperación.

De hecho, sostiene que Sísifo, al ser consciente de su destino y de la imposibilidad de lograr un resultado diferente, encuentra una forma de libertad. Esta conciencia de lo absurdo no lo lleva al sufrimiento, sino a la liberación. En la repetición interminable de su tarea, Sísifo es libre de las ilusiones de una recompensa futura o de un propósito trascendente. La lucha misma, la constante resistencia ante lo absurdo, es su forma de encontrar significado.



**LO ABSURDAMENTE HUMANO:
¿POR QUÉ VIVIMOS?**

En El mito de Sísifo, Camus nos invita a cuestionar el motivo por el cual decidimos seguir viviendo a pesar de la aparente falta de sentido. Para muchas personas, la respuesta habitual es la satisfacción que se deriva de las actividades diarias, el trabajo, la familia o el amor. Sin embargo, llega un momento en que la repetición de las mismas acciones, un día tras otro, nos hace dudar del valor de todo lo que hacemos. La rutina se convierte en un peso, y la inevitabilidad de la muerte, que se nos recuerda con cada paso del tiempo, arroja una sombra sobre nuestras vidas, haciéndonos sentir que nada tiene una consecuencia duradera.

Este sentimiento de lo “absurdo” surge cuando nos enfrentamos a la verdad de que nuestras vidas, nuestras luchas, y nuestros logros no tienen un sentido o propósito último. La vida parece estar desconectada de cualquier verdad superior o trascendental. El ser humano, en su afán de comprender, se enfrenta al universo como un luchador desarmado frente a un ejército imparable. Nuestra capacidad de entender y explicar el mundo se ve siempre limitada, y, al igual que Sísifo empujando su roca, nuestras acciones parecen no conducir a nada definitivo.

**LA LIBERTAD FRENTE AL
ABSURDO: REBELARSE ES VIVIR**

Frente a este vacío de sentido, muchas personas buscan consuelo en creencias religiosas, filosóficas o ideológicas. Sin embargo, Camus argumenta que este intento de huir del absurdo a través de la fe o de sistemas de pensamiento cerrados es, en última instancia, una forma de inauténticidad. Las religiones, al igual que los sistemas filosóficos tradicionales, nos proponen respuestas que no pueden ser verificadas, y al hacerlo, nos despojan de la libertad de enfrentar la vida tal como es. Según Camus, la verdadera autenticidad radica en aceptar lo absurdo y, en lugar de evadirlo, rebelarse contra él. Esta rebelión no implica el rechazo de la vida, sino un compromiso pleno con ella, a pesar de su falta de significado.

La clave, entonces, es vivir sin la ilusión de un propósito trascendental que dé validez a nuestras acciones. Al liberarnos de esta necesidad, podemos abrazar nuestra libertad y tomar responsabilidad sobre nuestra propia existencia. La vida, tal como es, es suficiente. No necesitamos que un poder superior nos dicte lo que debemos hacer o por qué. Al igual que Sísifo, podemos encontrar satisfacción en el propio proceso de lucha, en la aceptación de que el sentido de nuestras vidas no está dado, sino que es algo que debemos construir por nosotros mismos, cada día.

**VIVIR CON PASIÓN, MÁS
ALLÁ DEL MÁS ALLÁ**

Camus también subraya que, al dejar de aferrarnos a la esperanza de una vida después de la muerte, podemos encontrar una mayor pasión por la vida que tenemos. Las creencias en una existencia trascendental o en un más allá tienden a devaluar lo que tenemos aquí y ahora. Si nos resignamos a la idea de que nuestra vida tiene un propósito más allá de esta realidad terrenal, corremos el riesgo de perder de vista la belleza y el valor de vivir plenamente. En cambio, al abandonar esta expectativa, nos vemos obligados a aprovechar al máximo los momentos que tenemos, a vivir con una mayor intensidad y autenticidad.

LA REBELIÓN CONTRA LO ABSURDO

Para Camus, la lección final de El mito de Sísifo es que la vida, aunque absurda, no carece de valor. El absurdo no debe conducirnos a la desesperación, sino a la rebelión: a vivir con mayor pasión, a encontrar belleza en la lucha misma, a aceptar nuestra libertad y responsabilidad frente a un mundo que no ofrece respuestas fáciles.

El mito de Sísifo nos muestra que, aunque el significado nos sea esquivo, vivir es, en sí mismo, un acto de resistencia y de afirmación ante la vida tal como es. Y en esa rebelión, descubrimos nuestra propia forma de ser verdaderamente libres.



IN MEMORIAM

Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás Fundador del Opus Dei

Barbastro (Huesca, España) el 9 de enero de 1902 - Roma, 26 de junio de 1975

Sus padres se llamaban José Escrivá y Corzán y María de los Dolores Albás y Blanc. Fue el segundo de seis hermanos. Cuando Josemaría cumplió dos años, padeció una enfermedad grave en la que se temió por su vida. Tras su recuperación, sus padres lo llevaron en peregrinación a la ermita de Torreciudad en cumplimiento de una promesa a la Virgen María por su curación. En los años 1960, Escrivá impulsó la construcción de un santuario en Torreciudad, que se terminó a mediados de la década de 1970.

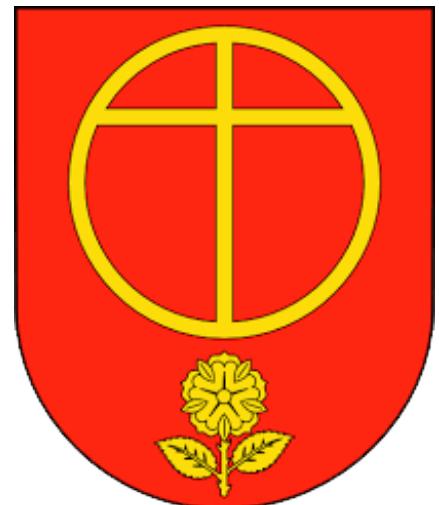
Josemaría estudió en el colegio de los escos-

lianos de Barbastro (octubre, 1908-1914). En 1914 quebró el negocio del padre, que era un comercio de tejidos, por lo que la familia quedó en la ruina. Tuvieron que trasladarse a Logroño, donde su padre encontró un trabajo como dependiente. Escrivá continuó estudiando hasta acabar el bachillerato.

En las Navidades de 1917-18, al ver las huellas de pasos de un carmelita descalzo en la nieve, quedó impresionado y decidió hacerse sacerdote. Ingresó en el seminario

de Logroño como alumno externo en el mes de octubre de 1918. En septiembre de 1920 se trasladó a Zaragoza. Algunos de sus compañeros del seminario de Zaragoza lo recuerdan como un joven despierto, inteligente y alegre, a la vez que muy piadoso. En las navidades de 1922 recibió los grados de ostiario y lector, junto con los de exorcista y acólito.

Sus superiores apreciaron sus dotes por lo que lo nombraron Inspector del Seminario —encargado de mantener la disciplina entre los seminaristas, tanto en clase como en los paseos—; era un hecho insólito que designaran a un seminarista y no a un sacerdote para este cargo. En 1923, siguiendo el consejo de su padre, comienza los estudios de Derecho en la Universidad de Zaragoza. Su padre, José Escrivá, murió en 1924, y Josemaría quedó como cabeza de familia. Recibió la ordenación sacerdotal el 28 de marzo de 1925 y comenzó a ejercer el ministerio en varias parroquias rurales y luego en Zaragoza, con preferen-



cia en la iglesia de san Pedro Nolasco, regida entonces por sacerdotes jesuitas.

FUNDACIÓN DEL OPUS DEI

En 1927 se trasladó a Madrid, con permiso de su obispo, para iniciar la tesis del doctorado en Derecho. Allí trabajó en una academia dando clases de Derecho romano y canónico para sostener a su familia. Ejerció su ministerio sacerdotal en el Patronato de Enfermos, institución benéfica dirigida por las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús. Trataba sacerdotalmente a muchas personas de diversos ambientes sociales. Dedicó las mejores horas de su juventud, como capellán del Patronato de Enfermos, a la atención de numerosos enfermos y niños desvalidos de los barrios pobres de Madrid. Al mismo tiempo trataba con muchas otras personas: alumnos y profesores universitarios, obreros, dependientes de comercio, artistas, etc. El 2 de octubre de 1928, según su propio testimonio, «vio» que Dios le pedía que difundiese en todo el mundo la llamada universal a la santidad, y que abriera un nuevo camino dentro de la Iglesia —el Opus Dei, en español «Obra de Dios»— para transmitir a todos los hombres que se pueden santificar a través del trabajo. Desde ese día, mientras continuaba con el ministerio pastoral que tenía encomendado en aquellos años, desarrollaba en solitario la organización.

Empezó a contactar con personas de diversas profesiones como artistas, profesores, obreros, sacerdotes, empresarios y muchos otros, mientras ofrecía sus oraciones y mortificaciones. Al principio Escrivá vino usando el término que él empleaba en el sentido que el Opus Dei estaba previsto solamente para hombres, pero algunos años después, en 1930, según él mismo cuenta, Dios le había hecho ver que también estaba destinado



a mujeres. En 1930, pidió la admisión en el Opus Dei un antiguo compañero de instituto de Escrivá, de origen argentino, Isidoro Zorzano, y en 1932 se unen un sacerdote asturiano, José María Somoano, una mujer cordobesa, María Ignacia García Escobar, y un joven empresario, Luis Gordon, aunque en un año fallecieron estos tres, y Josemaría tuvo que recomenzar. Al año de la fundación del Opus Dei, el joven José María Escrivá y Albás consideró distintas posibilidades para sacar adelante a su familia, al margen de la vida consagrada. Incluso llegó a inscribirse en unas oposiciones convocadas en 1929 para cubrir plazas de auxiliar del Ministerio de Asuntos Exteriores. Finalmente, fue profesor de Derecho Canónico y Romano en dos instituciones educativas privadas: El Instituto Amado (Zaragoza, octubre de 1926-abril de

1927), y la Academia Cicuéndez (Madrid, septiembre de 1927-1932).

DESARROLLO DEL OPUS DEI EN LOS AÑOS CUARENTA

Después de la Guerra Civil Española (1936), regresa a Madrid el 28 de marzo de 1939, en un camión militar, y reemprende la expansión del Opus Dei por otras ciudades de España. El inicio de la Segunda Guerra Mundial impide el comienzo en otras naciones. Cuando acaba la guerra civil en 1939, se produce un radical cambio en las estructuras del país y el Estado español se proclama como autoritario, confesional, ligado públicamente al Nacional-sindicalismo falangista y al Tradicionalismo carlista. Las relaciones de Escrivá y Franco fue-

ron cercanas y son motivo de polémica, entre otras cosas porque años más tarde, el fundador le escribiría a Franco una carta para agradecerle que, entre los principios del Movimiento Nacional se declare “el acatamiento a la Ley de Dios, según la doctrina de la Santa Iglesia”. Se trata de una carta fechada en Roma el 23 de mayo de 1958, cuya fotocopia, en unión de otras inéditas del mismo autor, se conserva en el archivo de la Fundación Nacional Francisco Franco. Pero también es conocido que, en una ocasión, el obispo de Madrid le pidió que predicara unos ejercicios espirituales a Franco y su familia en el Palacio de El Pardo y que durante aquellos ejercicios se produjeron ciertos malentendidos entre ambas personalidades. En 1939 obtiene el título

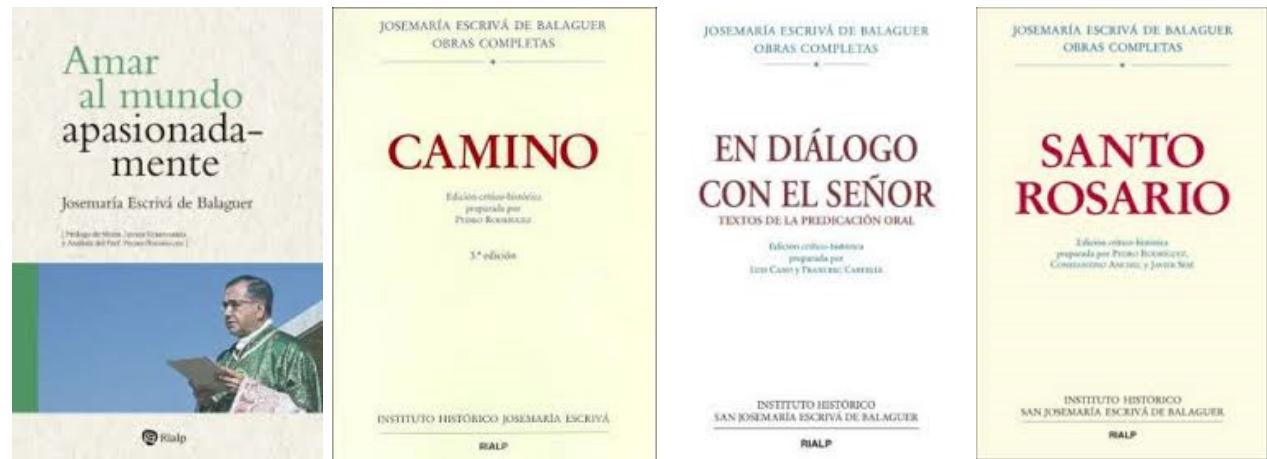
de doctor en Derecho. Recuperó también el puesto de rector del Real Patronato de Santa Isabel⁴⁶ que obtuvo en 1934 por parte del Presidente de la República y le concedieron ese año el cargo de miembro del Consejo Nacional de Educación y el puesto de profesor de Ética y Deontología en la Escuela Oficial de Periodismo. Durante los años posteriores a la guerra muchos obispos de toda España le llaman para dirigir ejercicios espirituales a sacerdotes de su diócesis. También predica a religiosos —entre ellos a los agustinos de la comunidad del Monasterio de El Escorial— por petición de los respectivos superiores, y a muchos laicos.

Desde el final de la guerra desarrolla la “Sección femenina” dentro de la Obra, prácticamente desde cero, con una estructura similar a la de los hombres, estrictamente separada de la sección masculina. Ese mismo año, el obispo de Madrid, Leopoldo Eijo y Garray, concede la primera aprobación diocesana del Opus Dei. En 1943 Josemaría Escrivá encuentra una solución jurídica, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, como medio para llevar el espíritu del Opus Dei a los sacerdotes seculares. Al año siguiente, el obispo de Madrid ordena a los tres primeros miembros del Opus Dei que acceden al sacerdocio: Álvaro del Portillo, José María Hernández Garnica y José Luis Múzquiz.

TRASLADO A ROMA Y EXPANSIÓN

Tras el fin de la II Guerra Mundial, en 1946, Escrivá se traslada a Roma por haber constatado que las cuestiones de futuro para él y para el Opus Dei no estaban en Madrid sino en Roma. Su primer viaje a Roma tenía como finalidad inmediata conseguir de la Santa Sede una aprobación de derecho pontificio que asegurase la secularidad de los miembros del Opus Dei. Pero sus intenciones iban más allá: veía la ciudad de Roma como el enclave necesario para dirigir la expansión de la Obra por todo el mundo. En Roma recibió en 1947 el título de prelado doméstico de Su Santidad, lo que le daba derecho al tratamiento de monseñor, y a utilizar sotana ribeteada de rojo y, sobre todo, dejaba claro que el Opus Dei no está relacionado con las órdenes religiosas, pues los miembros de éstas no pueden recibir esos títulos honoríficos. Por aquellos años se le diagnosticó una fuerte diabetes. Sus crisis de salud fueron muy frecuentes a partir de 1944. Como diabético insulinodependiente, Escrivá sufría constantemente cansancios, trastornos de la vista y se mantenía en pie gracias a las inyecciones y a una dieta estricta. El ciclo fundacional parecía terminado. A partir de entonces, la organización iba a presentar su fisonomía definitiva.

Escrivá inició operaciones jurídicas para el reconocimiento del Opus Dei por parte de la Santa Sede.



En 1947 y 1950, obtuvo la aprobación del Opus Dei como Instituto Secular de derecho pontificio, siendo aprobados sus estatutos en 1950,56 en los cuales los laicos hacían, si bien de forma privada, los tres votos clásicos de obediencia, castidad y pobreza.

El nuevo estatus jurídico de la Obra como institución de derecho pontificio facilitó una nueva expansión internacional. En 1949 marcharon los primeros a Estados Unidos y México. Durante la década de 1950, el Opus Dei se estableció en Canadá y otros once países americanos, Alemania, Suiza, Austria, Holanda, Japón y Kenia. Durante los últimos años de la década de 1950 y los primeros de 1960 Escrivá realizó diversos viajes a capitales europeas, para preparar el comienzo del Opus Dei en esos países. En 1947 tuvo lugar la adquisición en Roma de una amplia casa, con jardín en el número 73 de la calle Bruno Buozzi para la construcción de la casa central de la Obra y sede del Colegio Romano del Opus Dei, que duraría trece años, hasta 1960. A partir de la casa originaria se levantaron ocho edificios. Todo ello dio a la construcción un aire imponente, al ser una estructura compleja e interconectada formada por los ocho edificios, con doce comedores y catorce oratorios, algunos de los cuales eran subterráneos, dando cabida al mayor de los oratorios a más de doscientas personas. Actualmente se encuentra allí la iglesia prelaticia de Santa María de la Paz. En la Casa de Roma, el sagrario del oratorio de la Trinidad fue el preferido de Escrivá y en donde rezaba con mayor devoción. Allí sus hijos



colocaron -siguieron una antigua tradición- un sagrario con forma de columba, una “paloma eucarística”. Se halla colgada del techo encima del altar y es una paloma fabricada de oro y piedras preciosas, en cuyo buche se abre un pequeño sagrario donde se guardan las hostias consagradas. Escrivá también recibió el nombramiento de miembro honorario de la Pontificia Academia de Teología. Obtiene el doctorado en Teología por la Pontificia Universidad Lateranense. Es nombrado consultor de la Curia Romana.

A pesar del deterioro de su salud, Josemaría Escrivá siguió estimulando y guiando durante los últimos años de su vida la difusión del Opus Dei por todo el mundo.

MUERTE Y CANONIZACIÓN

Fallece en Roma el 26 de junio de 1975, tras sufrir un infarto repentino. La Santa Sede recibió miles de cartas solicitando la apertura del proceso de beatificación y canonización. Su causa se introdujo en 1981 y el 17 de mayo de 1992, Juan Pablo II beatificó a Josemaría Escrivá de Balaguer en la plaza de San Pedro, en Roma. El 6 de octubre de 2002, es canonizado por Juan Pablo II en Roma. Y el Papa animó a todos a buscar la santidad en medio del mundo, en el trabajo y la vida ordinaria, tal como lo enseñaba el nuevo santo y, siguiendo su ejemplo, le llamó «el santo de lo ordinario o de la vida ordinaria». En la actualidad hay más de ochenta mil miembros del Opus Dei.



La importancia de los libros

JOSÉ MIGUEL ALZATE

Cuenta Irene Vallejo en su libro El infinito en un juncu que cierto día, bajo la sombra de un frondoso árbol a la orilla del río Iliso, cerca de las murallas de Atenas, Sócrates le contó a Fedro, el personaje del diálogo platónico, que el dios Theth de Egipto visitó al rey de esa nación para proponerle que aprovechara sus inventos para enseñarles a escribir a sus súbditos. La escritora española dice que el dios Theth fue el inventor de las letras. En el diálogo, el rey Thamus le preguntó a Teuhth qué utilidad tenía escribir. A lo que el inventor le contesta. "Este conocimiento, ¡Oh rey!, hará más sabios a los egipcios; es el elixir de la memoria y la sabiduría". Teuhth es considerado el padre de la escritura. No porque hubiera escrito algún libro, sino porque inventó las letras. Antes de él, se escribía con signos y figuras.

Traigo a colación este episodio que narra Irene Vallejo en su maravilloso libro para hablar sobre la importancia que tienen los libros en la formación humanística. Leer un libro es abrirlle postigos a la imaginación, es llenar el cerebro de conocimiento, es tener elementos para entender el mundo. Quien lee no traga entero: pide que le aclaren sus dudas. Borges dice que de todo lo que ha inventado el hombre, el instrumento más asombroso es el libro. En esto tiene razón. ¿Por qué? Simplemente porque todos los genios que la humanidad ha dado han nutrido su intelecto en las páginas de los libros. Si no hubieran leído como lo hicieron, no habrían tenido la oportunidad

de demostrar su inteligencia. Alejandro Magno llevaba, siempre, un ejemplar de la Ilíada, de Homero. Lo leía después de cada combate.

Leer es una forma de adquirir conocimiento. La evolución del mundo se debe al interés por los libros de quienes con sus inventos lo han transformado. No me imagino a un Thomas Alva Edison sin haber leído un libro, ni a un Albert Einstein sin investigar lo que necesitaba para estudiar lo referente a la teoría de la relatividad ni a un Alexander Fleming sin la asesoría de los libros científicos para descubrir la penicilina. Es en la disciplina de la lectura donde se forman los grandes cerebros. Un escritor no podría llegar a donde quiere sino se preocupa por nutrir su inteligencia con la lectura de los clásicos. Todos los autores que han alcanzado el éxito literario han sido lectores apasionados. Hay que leer mucho para estimular la imaginación y poder crear historias que despierten el interés del lector.

La Biblioteca de Alejandría fue producto del interés de los nobles de la época por saciar su pasión por el conocimiento. Ptolomeo II, que fue su fundador, no escatimó esfuerzos para hacerse a la propiedad de los papiros donde estaban escritas las páginas más memorables de la historia de la antigüedad. Este recinto estaba protegido por los muros que hacían parte de la fortaleza del palacio. "Sus puertas estaban abiertas a todas las personas ávidas de saber". Allí se reunían las mentes más brillantes de la época. Demetrio Falero fue quien tuvo a su cargo organizarla. Ptolomeo puso a su disposición las riquezas del reino para que trajera de todos los rincones del mundo los mejores textos. Esto le permitió enviar emisarios a diferentes regiones para comprar los rollos de papiros.

Esta frase de Rabindranath Tagore logra su cometido de expresar lo que es un libro. "Un libro abierto es un cerebro que habla. Cerrado, un amigo que espe-

ra. Olvidado, un alma que perdona. Destruido, un corazón que llora". Aquí se compendia todo lo que significa sumergirnos en sus páginas. Un libro es un objeto sin voz que invita al diálogo y un consejero para interpretar nuestra propia angustia existencial. Sin los libros no tendríamos conocimiento de lo que sucedió en la Guerra de Troya, no sabríamos de la existencia de Cleopatra, no disfrutaríamos de la cultura helénica. Ni sabríamos quiénes fueron Aristóteles, ni Pericles ni Tucídides. Un libro nos abre las puertas a la cultura universal y, al mismo tiempo, nos facilita conocer el pensamiento de quienes tienen los pergaminos para ser recordados por siempre.

Finalicemos este artículo contando de dónde viene la palabra libro. En el año 1000 a.C., fue encontrado en la tumba de Ahiram, rey de Biblos, un poema donde estaba escrita la palabra Bíblion. Esta es la raíz griega de libro. De allí que a los libros acumulados en estanterías se le llame biblioteca, y a quien le gusta colecciónarlos se le diga bibliófilo, y en los apéndices de los libros de historia se citen otros con el nombre de bibliografía. Por último, uno no entiende cómo Alejandro Magno, el fundador de la ciudad de Alejandría, que era un ávido lector, incendió la ciudad de Persépolis, destruyendo todos los libros del zoroastrismo. Todas estas cosas las he recordado ahora que estoy leyendo El infinito en un juncu, el excelente libro de la española Irene Vallejo.



Surrealismo: armonización del sueño y la realidad

ROBERTO GUTIÉRREZ /
AXEL SEBASTIÁN / ERIC NOXPANCO
/ NYCOL HERRERA

Tl 15 de octubre de 1924, hace ya cien años, el escritor, poeta y ensayista francés André Breton publicó en París el Manifiesto del surrealismo, en el cual detalla los rasgos característicos de este movimiento cultural que habría de ejercer una influencia muy poderosa tanto en la literatura, las artes plásticas, la música y el cine, como en la política, la sociología, la filosofía y la antropología.

Breton definió la palabra surréalisme “sobre, o por encima, del realismo”, acuñada en 1917 por Guillaume Apollinaire: “Automatismo psíquico puro por cuyo medio se intenta expresar verbalmente, por escrito o de cualquier otro modo, el funcionamiento real del pensamiento. Es un dictado del pensamiento, sin la intervención reguladora de la razón, ajeno a toda preocupación estética o moral”.

Así pues, basado en la teoría de los sueños de Sigmund Freud, el surrealismo pretendía que el artista se soltara de las amarras que lo sujetaban al racionalismo, para sumergirse en el inconsciente y expresar imágenes irrationales y oníricas.

Al respecto, Breton escribió en el mencionado manifiesto: “Creo en la futura armonización



de estos dos estados, aparentemente tan contradictorios, que son el sueño y la realidad, en una especie de realidad absoluta, en una soñerrealidad o surrealidad, si así se puede llamar”.

Además de crear un antes y un después en la poesía como disciplina y arte de vivir, las poéticas bretonianas ponen a ésta en el centro del surrealismo. La primera menciona que el surrealismo reconoce la importancia de la naturaleza primordial y universal del lenguaje poético, más allá de los poemas.

“Breton afirmaba que lo más importante no era la estructura, sino el mensaje poético que hay detrás de la poesía. Algunos poetas surrealistas se inspiraron en figuras como Rimbaud y Baudelaire, quienes querían concentrar las energías de la creación en el mensaje puro, en lo que Rimbaud llamaba ‘la alquimia del verbo’”.

“En la poesía surrealista, por lo demás, se utiliza mucho este acompañamiento de imágenes que fusiona lo visual y lo escrito”, aseguró la universitaria.

En el surrealismo es necesaria la revolución a través del arte. No sirve un arte que sólo es admirado, sino uno crítico, humanista y reflexivo en relación con el acontecer diario”. La poética bretoniana subraya la importancia del humor-objetivo (el absurdo que contiene la propia existencia en la realidad) y el azar-objetivo (la inesperada o inexplicable manifestación del deseo subjetivo en el reino de lo objetivo) en la poesía surrealista, y cómo ésta privilegia el placer como principio antes que la realidad.

“En ese sentido, la poesía surrealista pone énfasis en la brecha que hay entre el inconsciente y la realidad objetiva. Para disminuir esta brecha se propone enaltecer el poder que yace en las imágenes de la mente, liberando, por medio del azar-objetivo, las represiones que pueden existir en la personalidad”.

Por lo que se refiere a la poesía surrealista, su cometido era dejar de pensar el lenguaje como un puñado de formulaciones lingüísticas para reconceptualizarlo. En suma, Breton quiso hacer del surrealismo –y sobre todo, de la poesía surrealista– una filosofía de vida, un modo de vivir más afable y cercano a los sentidos más profundos del alma”.

El surrealismo contiene un principio fundacional que caracteriza todas las disciplinas que lo conforman como movimiento: siempre ir más allá de la razón. “Este principio se hace presente en la poesía con la apología de lo mágico y lo divino, la aventura del inconsciente y la experimentación de posibilidades místicas como búsqueda de la disruptión lógica. Por otro lado, los surrealistas consideraban que el poema debía ser bueno desde el comienzo de su gestación. Para ellos no había tal cosa como pulir trabajosamente un poema, desde el comienzo de su gestación debía contener un mensaje que demostrara su ineludible calidad. Si el poema tenía que pulirse hasta el cansancio, entonces no valía... Y pensaban que el poeta debía asumirse como tal, no podía serlo a ratos: era o no era. Ser poeta, estaban convencidos, era una apuesta de vida”, finalizó.



El vacío del universo da sentido a nuestras vidas, ¿Nietzsche se equivocaba?

NEW YORK TIMES, EL TIEMPO

Ta mayor parte del universo está hecho de nada. Esta constatación debería hacernos sentir fortalecidos, no asustados.

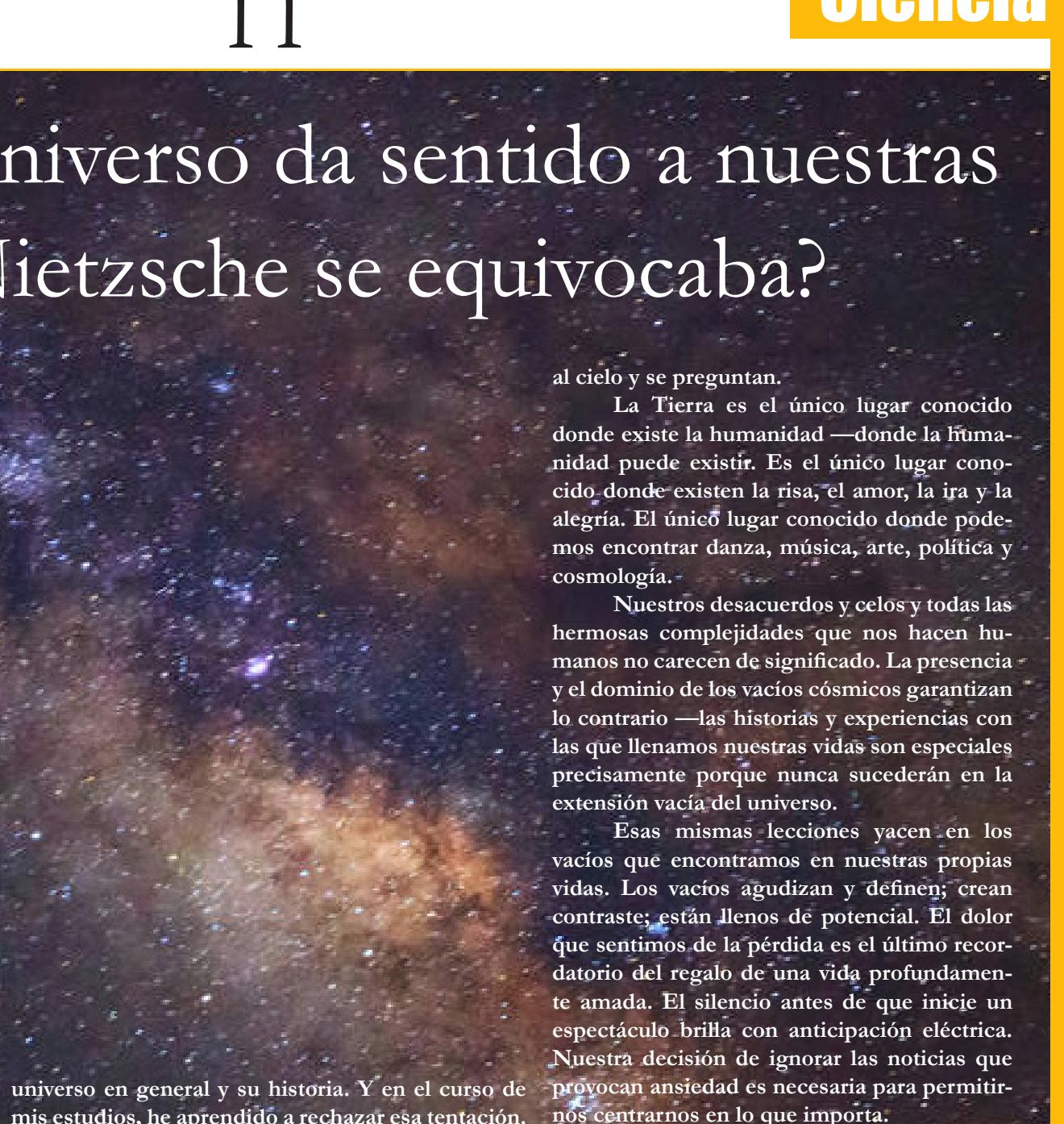
Nietzsche estaba errado: cuando miras el abismo durante suficiente tiempo, el abismo no te devuelve la mirada. En lugar de ello, el vacío permanece silencioso, implacable y aterrador en su enormidad. Pero cuando miramos la oscuridad infinita que define la extensión de nuestro universo, tenemos una opción. Podemos retroceder con miedo e ignorar nuestra humanidad ante el puro temor cósmico. O podemos transformar las sombras del cosmos en una luz que ilumine la singularidad de todo lo que conocemos aquí en la Tierra.

Soy cosmólogo y estudio el origen, la historia y la evolución del universo. He pasado mi trayectoria investigando los vacíos cósmicos: las vastas extensiones de nada que se extienden entre las galaxias. La mayor parte de nuestro universo está vacío —alrededor del 80 por ciento del volumen del cosmos está hecho de nada en absoluto.

De acuerdo con una contabilidad estricta de las abundancias cósmicas, nuestro planeta y la vida que encontramos aquí equivalen esencialmente a cero. Insignificante. Un pequeño punto de azul y verde suspendido en un océano de noche, un pedacito de roca y agua orbitando simplemente otra estrella. A la escala del universo, incluso las galaxias poderosas se reducen a meros puntos de luz.

Cuando nos enfrentamos a la verdadera escala del cosmos vacío, existe la tentación de mirar nuestro diminuto mundo con nihilismo. Sentir que nuestros grandes logros no valen nada. Que nuestra historia no logra dejar huella. Que nuestras preocupaciones y ansiedades carecen de significado. Que nuestra propia humanidad queda reducida a la irrelevancia.

He pasado años trabajando para comprender qué nos enseñan los vacíos cósmicos sobre el



universo en general y su historia. Y en el curso de mis estudios, he aprendido a rechazar esa tentación.

Sí, el universo está vacío en gran medida, pero hemos encontrado maravillas en esas extensiones. Los vacíos definen y ofrecen contraste a las galaxias que los rodean. Las propiedades de los vacíos —sus formas y tamaños— reflejan las fuerzas misteriosas que gobiernan la evolución del universo.

Y hemos descubierto qué los vacíos están repletos de energías cósmicas que algún día podrían abrumar al resto del universo.

En términos cósmicos, la Tierra no es grande ni longeva. Pero en comparación con los vacíos, algo especial está sucediendo en nuestro planeta. A pesar de décadas de búsqueda, la Tierra sigue siendo el único lugar conocido en todo el universo donde seres conscientes levantan sus ojos curiosos

al cielo y se preguntan.

La Tierra es el único lugar conocido donde existe la humanidad —donde la humanidad puede existir. Es el único lugar conocido donde existen la risa, el amor, la ira y la alegría. El único lugar conocido donde podemos encontrar danza, música, arte, política y cosmología.

Nuestros desacuerdos y celos y todas las hermosas complejidades que nos hacen humanos no carecen de significado. La presencia y el dominio de los vacíos cósmicos garantizan lo contrario —las historias y experiencias con las que llenamos nuestras vidas son especiales precisamente porque nunca sucederán en la extensión vacía del universo.

Esas mismas lecciones yacen en los vacíos que encontramos en nuestras propias vidas. Los vacíos agudizan y definen; crean contraste; están llenos de potencial. El dolor que sentimos de la pérdida es el último recordatorio del regalo de una vida profundamente amada. El silencio antes de que inicie un espectáculo brilla con anticipación eléctrica. Nuestra decisión de ignorar las noticias que provocan ansiedad es necesaria para permitirnos centrarnos en lo que importa.

Los artistas y filósofos han comprendido desde hace mucho tiempo el poder del vacío. Saigyō, el monje y poeta budista del siglo 7, reflexionó sobre los intervalos entre las gotas de lluvia que caen, señalando que las pausas entre sus sonidos eran tan importantes, si no más, que las gotas mismas. El compositor John Cage nos retó con “4'33'”, una interpretación compuesta enteramente de silencio, que el público buscaba llenar con toses incómodas y risas nerviosas, que se convertían en su propia música. El famoso arquitecto holandés Rem Koolhaas celebró la utilidad de los espacios negativos, proclamando, “Donde no hay nada, todo es posible”.



Las tres razas postradas ante Jesús...



Iglesia de San Apolinar el Nuevo (Rávena)



Mago persa magu-n-sha, sacerdote.



El nombre de la estrella es Olanda



TLa figura católica de los Reyes Magos tiene su origen en los relatos del nacimiento de Jesús, integrados a los evangelios canónicos que hoy conforman el Nuevo Testamento. El Evangelio de Mateo es la única fuente bíblica que menciona a los magos quienes, tras seguir una estrella, buscaban al “rey de los judíos que ha nacido” en Jerusalén, que los guía a Belén, y a quien presentan ofrendas de oro, incienso y mirra. Los nombres actuales, Melchor, Gaspar y Baltasar, aparecen por primera vez en el mosaico de San Apolinar el Nuevo (Rávena) que data del siglo VI d. C., en el que se distingue a los magos ataviados al modo persa con sus nombres escritos encima y representando distintas edades. Tendrían que pasar siglos, hasta finales del siglo XV d. C., para que Baltasar aparezca con la tez negra y los tres reyes representen las tres razas conocidas hasta la Edad Media. Melchor a los europeos, Gaspar a los asiáticos y Baltasar a los africanos.



www.facebook.com/magola-la-piemipeluda

YA SE ESCUCHA LA PÓLVORA
DE NAVIDAD...



¡MIENTRAS NO SEA UN BOMBARDEO!

